

## ASPECTOS DE LA SINTAXIS LATINA (1)

Entre las divisiones que se han hecho de las lenguas, figura la de H. Weil en su **Essai sur l'ordre des mots**, que las agrupa así: por un lado, lenguas de colocación libre de las palabras, y por otro, lenguas de colocación fija. Esta división tiene como fundamento la conservación o no conservación de la flexión. En efecto, la desinencia es el índice de la función de las palabras y por tal motivo la ubicación puede variar con mucha amplitud dentro de la frase u oración, como sucede con el griego y el latín frecuentemente. En cambio, donde la desinencia ha desaparecido casi o totalmente, como en alemán, inglés y las lenguas romances, cada palabra ocupa un determinado lugar según su función y de modo tal que no ofrece equívoco alguno.

Con respecto al grupo de las lenguas de construcción libre, es importante notar que, a pesar de la libertad para la colocación, siguen una costumbre, un orden, que conservan como rasgo peculiar y del que sólo se apartan por causas especiales.

En el caso concreto del latín, las posibilidades del desplazamiento de las palabras existen siempre, pero salvo razones circunstanciales, el latín coloca el sujeto al principio, luego el objeto, y al final, el verbo.

Tal estructura de la oración latina se observa a través de las primeras y más espontáneas expresiones, como son los pro-

---

(1) Se exponen en este artículo las conclusiones y materiales tomados, principalmente, del libro de WILHELM KROLL, *La Sintaxis Científica en la Enseñanza del Latín*, trad. de la 3ª ed. alemana por A. PARIENTE, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935.

verbios y las leyes (2). Este mismo esquema puede constatarse en la lengua manejada por los distintos autores; claro está que es necesario advertir que, por la misma proyección personal en el estilo y por varios factores empleados casi siempre concientemente, este paradigma puede variar sustancialmente. Así, César, que por cierto demuestra una preocupación general de estilo a lo largo de toda su obra, coloca el verbo al final en el 87 por 100 de los casos cuando se trata de oración principal, y en el 93 por 100 en proposición subordinada. En cambio, en la **Peregrinatio Aetherae** la proporción es del 25 y del 37 por 100, respectivamente (3). La razón de esta disminución es obvia: la lengua se ha alejado mucho de su patrón en esta obra del bajo latín, que, por lo mismo se ha impregnado de numerosas particularidades romances, entre ellas, la de la colocación de las palabras.

Pero aquel esquema general pertenece al estilo corriente y no domina mucho en las obras literarias. La poesía, desde la época arcaica, por las necesidades de la métrica debe alterar esa colocación, y al llegar a los neotéricos los artificios serán tan obtrusos y rebuscados, que el esquema parece haber desaparecido. La prosa, por su parte, está bastante influida por la Retórica, que como tal tiene sus intereses particulares que van a romper esa naturalidad. En una palabra, sobre el esquema general de sujeto, objeto, verbo, incidirán dos factores principales: 1º un sentido de tipo estético-psicológico, 2º un sentido peculiar a cada autor.

La preocupación por el factor estético-psicológico aparece desde antiguo en las gramáticas, especialmente con relación a lo estético. En verdad, se señalaban como determinadores del estilo el acento, la eufonía y el ritmo.

La Retórica daba tanta importancia al ritmo, que llegaba a proponer determinadas fórmulas métricas que los autores debían seguir rigurosamente. Debe en este punto hacerse notar la discre-

---

(2) BARTH, en *Philos. Studien*, XIX, p. 27.

(3) LINDE, en *Glotta*, XII, 156.

pancia de opiniones. Algunos admiten un ritmo constructivo que determina toda la arquitectura de la frase, en tanto que otros sostienen que el ritmo se limita a los finales de cláusulas, cosa que parece más acertada.

No menos importancia tiene la concepción de la frase como unidad melódica para la construcción sintáctica. Sentado el principio de que el acento latino es de tipo musical, tonal, la ubicación de las sílabas de diversa altura y mayor o menor fuerza, moldea un conjunto expresivo de agudas y grave más o menos agradables. Si bien las condiciones en que pueden realizarse observaciones de esta naturaleza en una lengua como el latín no son las mismas que las de una lengua moderna, por ejemplo, sin embargo pueden realizarse también algunas comprobaciones en las lenguas muertas. En este sentido son interesantes las que ha alcanzado Wackernagel (4). Se comprueba que las palabras enclíticas están en segundo lugar, por ser el sitio más bajo de tono; de allí que **autem, igitur, quidem** ocupen ese lugar. Por eso también César construye **Gallia est omnis divisa in . . .** y Plauto dice: **quid ego uideo**; claro está que esta construcción puede ser alterada por conveniencia métrica, y realmente sucede en Plauto: **quid uidi ego**. Como hay diversos grados de acentuación y las palabras que son siempre enclíticas son muy pocas, el dilema no puede resolverse con la distinción de las palabras en enclíticas y acentuadas. La mayor parte de las que pueden ser enclíticas funcionan también como acentuadas, y el mismo verbo muy frecuentemente va como acentuado. Por esto las palabras de fácil acentuación no sólo pueden ir en segundo lugar, sino que también pueden intercalarse entre palabras relacionadas: es lo que ocurre en **quoniam et hunc t u oratorem . . . diligentissime cognouisti** (Cicerón, *Orat.*, 105). Es asimismo lo que ocurre con **res**, especialmente cuando se aproxima a **id** o **aliquid**: **unde etiam mancipatio dicitur, quia manu r e s capitur** (Gai, 1, 121). Estas consideraciones son válidas también para el verbo **esse** en

---

(4) *Über ein Gesetz der indogermanischen Wortstellung.*

sus distintas formas; por su carencia de acento busca un apoyo en otras palabras; así en **atque ex me hic natus non est, sed ex fratre** (Terencio, *Ad.*, 40), en donde lo más fuerte lógicamente es el **ex me**, la necesidad del apoyo es tal, que se sobrepasa esa fuerza para apoyar el **est** (5). Otros verbos tienen estas mismas características. Además **esse** ocupa, por su condición de átono, el segundo lugar en la oración: **huius est ciuitatis longe amplissima auctoritas** (César, *B. G.*, 3, 8 1) (6). Cuanto se ha dicho de las palabras vale también para las oraciones parentéticas que tienen acentuación débil. En **furti aduersus cum, qui subriperit, habere actionem** (Cayo, 2, 79) la fuerza expresiva la llevan la primera y última palabra, mientras que **qui subriperit** no se destacan tonalmente.

Hasta aquí hemos hecho girar este estudio en torno a las palabras enclíticas y de acentuación débil. Hemos admitido entonces que por otro lado quedan las palabras acentuadas. Por su parte éstas también se mueven según determinados intereses y éste es justamente el terreno en el cual el factor psicológico tiene significativa importancia.

La importancia que el factor de orden psicológico ejerce en la colocación de las palabras se ha advertido de poco tiempo a esta parte. Los primeros que lo reconocieron se resistían bastante a aceptarlo. Así Ziemer en su *Sintaxis*, (7) obra de valor científico ponderable, afirma que "la lengua latina, en general ceñida a las leyes lógicas, en la colocación de las palabras sigue normas de igual rigor lógico". Sin embargo más adelante no deja de reconocer el influjo de causas psíquicas que modifican ese rigor lógico.

---

(5) Otros ejemplos: *non est passus Agamemnon* (PETRONIO, 3, 1) y *porcus hic non est exinteratus?* (*id.*, 49, 4).

(6) A veces ocupa también el segundo lugar en la oración subordinada: *ut erat ei praeceptum a Caesare* (CÉSAR, *B. G.*, 1, 22, 3); *ex eo genere sociorum, quod est ex hominum omnium genere humanissimum* (CICERÓN, *Ad Qu. fr.*, 1, 1, 6), como notó SEYFFERT - MÜLLER, sobre Cic., *Lael.*, 70.

(7) En el año 1893.

Por el contrario J. Müller (8) sostiene categóricamente: "La colocación de las palabras en la frase depende, en primer lugar, de su valor, es decir, de la fuerza expresiva que se quiera atribuir a los varios conceptos". No hay lugar a dudas de que por fuerza expresiva debe entenderse la proyección subjetivo-afectiva del que habla, en lo que priva un interés semántico-expresivo.

Por cierto las conclusiones definitivas sobre asunto tan sutil no pueden alcanzarse sino partiendo de la interpretación de cada caso en particular. No es posible sentar principios generales, pues a lo largo de toda una obra los matices personales son múltiples. Entre los trabajos de esta índole hay que citar a Ammann en sus estudios sobre las cartas de Cicerón a Ático (9), y para el caso particular de la colocación del nombre y del atributo, **L'ordre des mots dans la phrase latine, I, les groupes nomineaux**, de Marouzeau. (10).

Veamos un caso sencillo de influencia psicológica. En el año 49, dice Cicerón, había querido ir de Campania a Luceria, pero no pudo hacerlo por la presencia de las tropas de César. Para realizar el viaje tenía entonces que apartarse del camino habitual: **infero mari nobis incerto cursu hieme maxima nau-gandum est (Ad Att., 8, 3, 5)**. La colocación corriente es: primero el sustantivo y luego su atributo; por lo tanto debía ser **mari infero...**, pero el interés que Cicerón tiene en mostrar el rodeo que tenía que dar por el mar Tirreno hace que el **infero** se anteponga al **mari**.

Habíamos afirmado que el verbo en el esquema corriente ocupa el último lugar en la oración. Pero también el verbo en su colocación está sujeto al desplazamiento, precisamente para responder a motivos de fuerza expresiva. Cuando tal cosa sucede, el verbo aparece al principio de la frase. En **De Bello Civili** (1,

---

(8) § 269.

(9) *Die Stellungstypen des lateinischen attributiven Adjektivums* en *Indog. Forsch.*, XXIX, 1.

(10) París, 1922.

50, 1) César quiere expresar que ha intentado reparar los puentes pero que el ancho del río no lo permitía. Como lo que le interesa destacar es el haber intentado la reparación, a pesar de las dificultades, estructura la oración así: **conatus est Caesar reficere pontes, sed nec magnitudo fluminis permittebat**; o sea el verbo **conatus est** está colocado al comienzo para destacar su significado, en oposición a la proposición siguiente: **sed nec magnitudo fluminis permittebat**. (11)

Por las mismas razones puede un nombre también adelantarse y hasta perder el caso que le corresponde y adoptar el nominativo para señalar la importancia que psíquicamente tiene. Horacio nos suministra un ejemplo: **altera, nil obstat** (*Sat.*, 1, 2, 100) 'en cuanto a la otra, no hay inconveniente'. Estos **nominativi pendentes** son muy frecuentes sobre todo en la comedia, precisamente porque su lenguaje se acerca más a la conversación, en donde la espontaneidad del hablante olvida a veces las necesidades de la concordancia. (12)

Otro fenómeno de carácter psicológico es la *asimilación*. La sintaxis de los casos se verá alterada por intervención de este fenómeno; nuevamente el rigor de la lógica se ve roto por una causa psicológica. Observaremos algunos casos.

El verbo **conuenire** es intransitivo y su significado preciso es 'reunirse en un sitio'; sin embargo encontramos ya en latín arcaico expresiones como **hau multos homines, si optandum foret, nunc uidere et conuenire quam te mauilem.**, (14) y muchas otras, en que el verbo aparece como transitivo y con el signifi-

---

(11) Para destacar la contraposición, Cicerón dice: (Pompeyo) *spem. . . adfert, si in Picenum agrum ipse uenerit, nos Romam redituros esse* alterando el orden corriente *agrum Picenum* por *Picenum agrum* (*Ad. Att.*, 7, 16, 2).

(12) Véase la explicación de HAVERS en *Indog. Forsch.*, XLIII, pp. 207-257.

(13) Otra cosa es la asimilación de fonemas. Ésta, como tal, no se explica por causas psicológicas, sino estrictamente mecánicas o articulatorias.

(14) PLAUTO, *Mil.* 170 - 1.

cado de 'visitar (a alguien)'. El verbo **conuenire** ha llegado a tener tal construcción y tal sentido a causa de que existían los verbos **uisere** y **adire** que se usaban con acusativo y significaban 'visitar'; o sea, el verbo **conuenire** adoptó, por asimilación, la construcción de estos dos verbos. Influyó, además, la preposición **cum** de que está compuesto, que hace transitivo al verbo (15). Y algo parecido ocurre con la generalidad de los verbos. El acusativo trata de constituirse en el caso regular del verbo. Por esta razón verbos como **mederi**, **studere**, **persuadere**, **parcere**, **indulgere** y más tarde **suadere** y **nocere** llegan a construirse con acusativo.

El dativo era el caso de **auscultare**, cuyo significado era "aplicar el oído". El dativo se conservó pero sólo en la significación de 'escuchar a alguien' (16). En el sentido de 'oír' se construyó con acusativo precisamente por asimilar la construcción del verbo que significa 'oír': **audire**.

La construcción de **decet** con dativo no debe suponerse como originaria. **Decet** tiene un sentido, como lo demuestra su relación con **decus**, parecido a **ornare** 'adornar' y por tanto debió llevar también ablativo. Pero el dativo aparece porque **decet** se asimilaría a los verbos **conducit**, **expedit**. (17)

Muchas veces ocurre también que nos encontramos ante complementos circunstanciales de tiempo que deben expresar duración contruídos con ablativo en vez del acusativo, que es lo que correspondería.

Así como vimos en **conuenire** y **auscultare** una tendencia a crearse un acusativo, tendencia que se manifiesta en casi todos los verbos, el tiempo, para su expresión, parece tener preferencias por el ablativo. Esa preferencia se va cumpliendo a partir de

---

(15) Lo mismo ocurre con *colloqui*, como en Cic., *Uerr.*, 2, 2, 135: *omnium inimicos diligenter cognoscere, colloqui, attemptare*, verbo que se construye comúnmente *colloqui cum aliquo* y *loqui alicui*.

(16) De CICERÓN tenemos un ej.: *mihi auscultat, uide ne tibi desis* (*Rosc.*, 104).

(17) *Dignus* significaba propiamente 'adornado', derivado de *dec-nos*, del verbo *decere*.

Catulo (18), que fué el primero que usó el ablativo para expresar la duración temporal, y se hace frecuente a partir de la Edad de Plata. En las inscripciones sepulcrales del imperio es más frecuente **uixit annis tot** que **annos tot**.

La necesidad innegable de que el lenguaje sea estudiado psicológicamente debe llevar a la gramática a preocuparse más del latín de Plauto y de Terencio. Todas las gramáticas se basan principalmente en Cicerón y en César, justamente porque ellos ofrecen el menor número de particularidades que no se expliquen lógicamente, y si bien es cierto que, como nosotros mismos hemos mostrado, no faltan fenómenos que hay que explicar psicológicamente, sin embargo nada más propicio para reconocer estos hechos que el lenguaje descuidado de la conversación.

Un proceso de filiación netamente psicológica es la *contaminación*. Ocurre infinidad de veces que en la mente se entrecruzan dos construcciones posibles para la expresión de un mismo concepto, lo que en ciertas ocasiones llega a deslizarse aun en la lengua de los autores más cuidadosos. De ese modo se interpreta esta construcción de Cicerón: **haec me ut confidam faciunt** (19). Cicerón tenía que expresar una sola idea: la de que algo le infundía confianza; para eso disponía de dos construcciones equivalentes: **haec ut confidam faciunt** o **haec me confidentem faciunt**, que no se deslindaron bien, se entrecruzaron y dieron una contaminada.

La lingüística ha tenido gran dificultad en desarraigar la creencia de que el lenguaje es por naturaleza *reflexivo* y *consciente*. Ha contribuído a asentar tal error el hecho de que se ha ido al estudio de los idiomas casi exclusivamente en su aspecto literario, cuando ha transcurrido todo el período de formación y ha intervenido la acción sistematizadora de los literatos y preceptistas. Este criterio lleva muchas veces a considerar que

---

(18) El uso de CATULO, 109, 5: *ut liceat nobis tota perducere uita / aeternum hoc sancte foedus amicitiae* puede explicarse como recurso del poeta para no repetir el acusativo.

(19) *Ad Q. fr.*, 2, 14, 2.

existe una sola forma de expresión para cada representación. Pero en cuanto puede tenerse alguna perspectiva y cierta abundancia de material léxico, morfológico y sintáctico se comprueba la dispersión y cantidad de formas para un mismo concepto o ideas muy afines, en tanto que la misma lengua, en otras circunstancias, muestra una pobreza extrema. Esta constatación puede muy fácilmente realizarse en las lenguas sin literatura. Así los dayaks de Borneo tienen nueve términos para la idea de 'descansar', según el modo del descanso. No conviene olvidar que los indoeuropeos debieron ser asimismo salvajes y que la lengua que hablaron pudo encontrarse en ese estado primitivo del que pueden haber perdurado rastros.

Todo esto se recuerda aquí para concluir que la gramática no refleja el verdadero estado vivo del lenguaje a través de su evolución y en la multiplicidad de los fenómenos lingüísticos.

Las gramáticas latinas en general, como hemos dicho, se han estructurado sobre la lengua de Cicerón y César, y aun cuando Plauto y Terencio figuran entre los textos de clases, el latín arcaico queda prácticamente excluído, con lo cual la vía de explicación de muchos hechos morfológicos, y especialmente sintácticos, queda obstruída.

Tomemos uno de esos hechos. En latín arcaico **cum** en sus diversos usos y funciones se construía con indicativo. Posteriormente, en cambio, las oraciones con **cum** llevaban, o indicativo o subjuntivo, según diferenciaciones que se introdujeron por motivos especiales. En aquella época lejana **cum** llevaba, pues, sólo indicativo y eso obedecía a que **cum** era un verdadero relativo (20). La naturaleza relativa de **cum**, mejor dicho **quom**, forma que ya muestra ser un acusativo masculino, se hace evidente sobre todo cuando sigue a una correlativa: **eo tempore, quom** (Cicerón, **Lig.**, 20), **nunc quom** (Cic., **Mur.**, 8), etc. Y siendo originariamente relativas las oraciones con **quom**, el verbo iba en indicativo; el subjuntivo se va desarrollando poco a poco hasta

---

(20) La correlativa de *cum* suele ser, generalmente, *tum*.

erigirse como modo normal de las causales y concesivas; las temporales no se deciden por ninguno de los dos y vacilan entre el indicativo y el subjuntivo (21). Sin este conocimiento del uso indiferenciado de **cum** en el latín arcaico no podrían explicarse casos en el mismo Cicerón de oraciones causales con **cum** e indicativo. (22)

Entre los verbos que rigen ablativo se incluye a **potior**, del que se dice que a veces lleva genitivo en lugar de ablativo, pero la gramática no da las razones, que se encuentran precisamente en el latín arcaico. En efecto, existió un activo **potire** que significaba 'hacer a alguien señor de algo, darle posesión de algo'. En el ejemplo de Plauto **eum nunc potiuuit pater seruitutis** (**Amph.**, 178), **potiuuit** rige el genitivo **seruitutis** y significa 'el padre hizo señor de esclavitud a él' o sea 'su padre lo hizo esclavo'. Y el mismo Plauto usa el deponente **potior** en esta forma: **postquam meus est rex potitus hostium** (**Cap.**, 92) 'después que mi señor cayó en manos de los enemigos'. En consecuencia el genitivo es el caso usada para el activo **potire** como para el deponente **potiri**; el ablativo que luego se hace tan frecuente debe ser resuelto como caso de asimilación (23).

Esa falta de frecuentación del latín arcaico ha traído otros perjuicios. La opinión tan divulgada según la cual el latín es una lengua de estructura lógica tan rígida como pocas, proviene del hecho de que el índice de autores más leídos es escaso, y casi se reduce a César y Cicerón. Estos dos autores se caracterizaron por haber escogido de entre todas las expresiones posibles, una o muy pocas, con lo cual fueron simplificando y preparando el camino a la gramática en su misión normativa y delimitadora.

---

(21) No es posible, entonces, establecer que el *cum* temporal debe llevar únicamente indicativo. Tal el caso de Cic. *Mur.*, 8: *neque enim, si tibi tum, cum peteres consulatum, adfui, nunc, cum Murenam ipsum petis* (otros *petas*), *adiutor eodem pacto esse debeo*.

(22) Como lo demuestra GAFFIOT, *Pour le vrai latin*, I, París, 1909, p. 135. Así en *De fin.*, 5, 28: *cum id sua causa faciet, et oderit se et simul deliget*; *Caecin.*, 44: *potestis principia negare, cum extrema conceditis?*

(23) LINDSAY, *Syntax of Plautus*, Oxford, 1907, p. 14.

Por otra parte si se hubieran manejado más a menudo las obras de los cómicos en las que la conversación trasunta siempre los rasgos del estilo primitivo, no se habría formado esa imagen, asimismo tan difundida de la lengua latina como lengua escrita en subordinación interminable y en períodos extensos. No se pretende con esto desconocer la tendencia general del latín a subordinar donde podría muy bien pasar la coordinación; sólo se quiere impedir una generalización imperfecta al dejar a un lado parte tan importante como el latín arcaico.

Con esto se relaciona estrechamente la necesidad de contemplar el punto de vista histórico para obtener una acabada y exacta interpretación sintáctica de un determinado autor, de una época o de toda una lengua.

Todo autor, como tal, ha recibido y recibe a diario un caudal lingüístico que él a su vez hace suyo y modifica. Corresponde entonces averiguar hasta qué punto concuerda y discrepa con el lenguaje vivo del pueblo. Y en el caso de la literatura latina hay que considerar otro factor más: los modelos literarios, en virtud de que la *mimesis* se había erigido en principio indiscutido. Y este factor trae inmediatamente el problema de los géneros literarios con sus peculiaridades teóricas y doctrinarias. Por tan complicados motivos que se unen a las preferencias personales de cada autor, no es fácil hacer una exposición satisfactoria de muchos escritores. Salustio, por ejemplo, al estar vinculado con Tucídides y Catón y al ser partidario de los aticistas y de los sostenedores de la analogía, se presenta más difícil de lo que parece a primera vista.

La profundización de los temas y el estudio detenido de cada autor latino no descuida ninguno de los factores que pueden haber concurrido a formar o modificar un modelo, un tipo general, una expresión lingüística. Así César, por su preponderancia en la literatura latina y por haber sido frecuentado tantas veces para servir de texto y guía en el aprendizaje del latín, ha sido tan analizado y enfocado desde tantos puntos de vista, que parecería que ya nada nuevo puede agregarse sobre el asunto. Sin embargo, las últimas investigaciones han arribado a la con-

clusión de que para comprender rectamente los "Comentarios" hay que comenzar por conocer el significado exacto de esta palabra. En este sentido merecen citarse los trabajos de Frese (24) y de Klotz. (25)

Como se advertirá, hemos entrado, con esto, a señalar el segundo factor que incide en la colocación de las palabras y en la Sintaxis en general, esto es, el criterio personal del autor, preferencias particulares del escritor dentro del registro general de formas de que puede servirse y de las que, conscientemente, puede apartarse.

A través de todo el estilo de César se comprueba que hay un principio que domina toda la sintaxis y que César mantiene aun a despecho de fórmulas ya consagradas. Ese principio es el de la **saphéneia** o **perspicuitas**, que, si no se pierde de vista explica muchos hechos incomprensibles por otros medios. En efecto, al sostener César este principio de la **claridad**, la sintaxis, y el orden de las palabras en particular, se apartarán a menudo del orden corriente. He aquí dos ejemplos. Según la regla, se emplea el ablativo absoluto cuando el sustantivo al que se refiere el participio no puede entrar ni como sujeto ni como complemento de la principal. Pues bien, pone ablativo absoluto aun donde su sujeto aparece en otro lugar de la misma frase, como en este pasaje de **De Bello Civili**, 3, 9, 3: **Romani ligneis effectis turribus his sese munierunt.** (26)

No influye menos esta preocupación por la claridad en el orden de colocación. Un estudio detenido sobre este punto es el de Schneider, **De verbi in lingua latina collocatione** (27). Tome-

---

(24) *Beiträge zur Beurteilung der Sprache Caesars*, München, 1900.

(25) *Caesarstudien*, Leipzig, 1910.

(26) Para la explicación de este ablativo absoluto V. F. HORN, *Zur Geschichte der absoluten Participialkonstr. im Lat.*, Bund, 1918. p. 22. El mejor trabajo sobre el ablativo absoluto, en general, es el de WEIHENMAJER, *Zur Geschichte des absoluten Partizips im Lateinischen*, Reutlingen, 1891.

(27) Münster, 1912, pp. 86 - 101.

mos nada más que un ejemp'o. César tiene que decir que habiendo enviado la caballería delante, seguía de cerca con toda la tropa. De acuerdo con el estilo corriente la construcción sería: primero el sujeto (**Caesar**), luego los complementos y al final el verbo. Pero como los dos complementos **equitatu praemisso** y **omnibus copiis** coinciden en el ablativo, a pesar de la distinta función, César saca del final el verbo **subsequatur** y para destacar con más claridad la diferencia sintáctica lo coloca entre esos dos ablativos, y queda: **Caesar praemisso equitatu subsequatur omnibus copiis.** (28)

El mismo César, movido por el afán de claridad, a veces no coloca la aposición inmediatamente después del nombre a que se refiere. He aquí una de esas construcciones en que el principio de la perspicuitas decide: **neque multum Albici nostris uirtute cedebant, homines asperi et montani et exercitati in armis.** (29)

Por cierto, además de esta sujeción al principio de la claridad, hay que notar que César es un analogista y purista de tendencia moderada. Ubicado desde estos distintos aspectos, la lengua de César se hace más comprensible y puede entonces intentarse una justipreciación más exacta.

El punto de vista histórico no ha de olvidarse tampoco. En vano se intentan explicaciones de carácter lógico, cuando en realidad hay una razón histórica de por medio, pues a menudo la sensibilidad popular gusta de una fórmula, prescindiendo de todo razón; la moda impone sus caprichos y nada puede contra ella. Así ¿por qué en oraciones relativas enteramente cualitativas aparece un subjuntivo en lugar del indicativo? De nada sirven los intentos de los gramáticos por fundamentar ya un sentido causal, ya un sentido polémico, ya un valor intensivo del subjuntivo.

En otras oportunidades las explicaciones o interpretaciones lógicas fracasan completamente ante hechos lingüísticos nacidos del artificio y del alambicamiento de un autor. Los gramáticos

---

(28) *B. G.*, 2, 19, 1.

(29) *B. C.*, 1, 57, 3.

se desvelan por dilucidar el por qué de ciertos subjuntivos en Tácito; y todos los esfuerzos son estériles a causa de la filiación de Tácito.

Tácito está bajo la influencia de la lengua de la Edad de Plata, que es lengua poética ante todo, y como tal, sujeta a las necesidades métricas. ¿Qué ocurre cuando este lenguaje poético ha de volcarse a la prosa? No va a volver a los cánones de la prosa originaria, desde luego, sino que va a seguir un proceso de desnaturalización ascendente hacia una prosa artificial. Además a cada instante Tácito imita a Séneca, quien, como es sabido, ha pretendido crear un estilo aforístico, que no puede nunca aproximarse en su naturalidad al lenguaje de las leyes y proverbios, puesto que en Séneca hay un propósito definido de llamar la atención por sus originalidades. A todos estos influjos debe agregarse el que sobre Tácito está ejerciendo constantemente Salustio. En síntesis, Tácito tan influído por teorías y modelos se apartó mucho del verdadero lenguaje vivo. Es lo que ocurre con los acusativos en aposición a una oración, que Tácito usa. Esta construcción es corriente en la prosa griega y se hace usual a partir de los poetas del tiempo de Augusto, de donde Salustio la toma y del que Tácito la recibe. (30)

Casi en la misma situación se encuentra Livio, más un marcado refinamiento en su haber. Y por más explicaciones lógicas y psicológicas de que se disponga, nunca será posible resolver con ellas, particularidades como las del uso del singular y plural poéticos y el manejo de los casos y modos de acuerdo con una sintaxis poética.

Una particularidad en autores como Livio no puede ser resuelta por el método puramente lógico-psicológico. En Livio, por ejemplo se hace frecuente el uso del subjuntivo con **quamquam**. Se ha pretendido dar cuenta de ello diciendo que tal subjuntivo indica, no la realidad como es, sino como la ve el sujeto. Pero la

---

(30) Por ej., *Ann.*, 1, 27: *deserunt tribunal. . . manus intentantes, causam discordiae et initium armorum.*

explicación es otra. Ya Virgilio usó este modo; ¿la razón?: la necesidad métrica. Y esto que aparece como peculiaridad aislada y forzada, se hace más común en la prosa desde Nepote, llega con buena acogida a Livio y señorea en Tácito; la artificiosidad de la prosa hizo de una necesidad métrica una "manera estilística". (31)

En una época en que los lingüistas sobrestimaron la influencia griega sobre la lengua latina se explicaban numerosos giros por medio del griego, y se ha hecho notable justamente por esa falta el libro de Vechner, **Hellenolexias**, publicado en 1733. Pero la reacción no dejó de hacerse sentir con sus efectos favorables.

Un hecho curioso en este aspecto es el de que en Plauto y Terencio, en quienes se dan las primeras traducciones, no se registran casi estos grecismos.

Ennio, en cambio muestra ya una influencia más marcada, que se debe en parte a la preocupación por construir a imitación del hexámetro épico griego. Así encontramos en él un genitivo partitivo **magna dearum** (**Ann.**, 22, 41) calcado sobre el griego  $\pi\acute{o}\tau\eta\lambda\alpha \theta\epsilon\acute{\alpha}\tau\omega\upsilon$  (32). De este genitivo partitivo de origen griego se va a originar otro genitivo que es partitivo sólo parcialmente, como en **occulta pectoris patefecisse** de Salustio (33), que en Livio este genitivo es colocado a menudo al lado de palabras que no encierran la idea de parte como en **per tumuli obliqua** (27, 18, 10), Pero a todos sobrepasa Tácito que llega a decir **cuncta curarum** (**Ann.**, 3, 55) y **alarios equites ac leuis cohortium** (**Ann.**, 3, 39).

En principio no debe olvidarse que los helenismos entran por intentos reflexivos y buscados por los autores para variar y enriquecer la sintaxis latina. Es lo contrario de lo que ocurre con muchas frases galicadas que se deslizan en el castellano, por

---

(31) El subjuntivo con *quamquam* se encuentra a veces en Cicerón, construcción que puede explicarse por influjo de *quamuis* o como subjuntivo que en el origen era concesivo e independiente. Como en *Tusc.* 1, 109: *quamquam sensus abierit, tamen suis et propriis bonis mortui non carent.*

(32) Imitado por Virgilio en *sancte deorum* (*Aen.* 4, 576).

(33) *Iug.*, 113, 3.

ejemplo. En buena parte esta incorporación consciente de helanismos respondía a la creencia de que el latín estaba saturado de palabras griegas a causa de que derivaba de él. Y tal supuesto se sostenía tanto más cuanto se pensaba que los romanos descendían de los troyanos. Con todo, los que emprendieron la tarea de hacer patentes tales relaciones lingüísticas tuvieron que cometer una verdadera violencia en el cuerpo de la lengua, que mostró entonces aún más su individualidad propia frente al griego. A ese grupo pertenecen especialmente los neotéricos, los poetas del tiempo de Augusto y Salustio; los prosistas posteriores continúan en esa dirección.

Otra cosa es el papel que el griego desempeña en la estructuración del período latino. Para poder concebir bien cuál fué esa acción hay que observar el lenguaje de las tablas umbrías y de las leyes antiguas. Entonces no dejará de reconocerse que el beneficio del griego al transmitir esa claridad propia que le es característica es importantísimo. Y en este aspecto, por supuesto, nadie mejor que Cicerón ha contribuido a dar soltura y agilidad al discurso.

Un punto importante que conviene destacar es el que atañe a la delimitación clara entre Morfología y Sintaxis. Desde un plano puramente teórico la Morfología y la Sintaxis pueden separarse perfectamente (34). Pero así como especulativamente la separación es fácilmente realizable, prácticamente es casi imposible hacerlo. Por este motivo, Brugmann, autor que descolla entre los principales de la especialidad, ha tratado en su conocida **Grundriss**, a partir de la segunda edición, juntamente del estudio de las formas y de su función dentro de la oración.

Y una consecuencia inmediata de este criterio reside en que muchos problemas de sintaxis se pueden resolver rápidamente si se conoce el origen de las palabras y su evolución.

Veamos unos casos. El verbo **uitare** construido generalmente con acusativo, se encuentra en latín arcaico con dativo. Plauto dice **uitare infortunio** (**Paen.**, 25, **Curc.** 2, 3, 19), **semper tu**

---

(34) Véase la obra de J. RIES, *Was ist Syntaxis?*, 1894.

**huic uerbo uitato** (Cas., 210), (35). ¿Cómo explicar este uso del dativo con un verbo que parece exigir su construcción con acusativo? La etimología va a resolver el caso. Parece que el verbo **uitare** está en relación con **uitos** que significa 'doblado', que a su vez pertenece al verbo **uicere** 'atar, entrelazar' (36). Partiendo de esa significación de 'doblado' hay que ver en **uitare** un significado más preciso de 'doblar el cuerpo, hurtarlo con respecto a algo' de donde esa construcción con dativo está exigida por el verbo. La otra construcción, la de acusativo, aparece después a causa de que **fugere**, que tiene una significación cercana, construido con acusativo, influye por analogía sobre **uitare** y éste adopta también el acusativo.

En varias oportunidades se ha relacionado la partícula latina **an** con la griega  $\alpha\upsilon$  y la gótica **an**. Pero atendiendo al uso que cada una de ellas tiene, esta interpretación aparece bastante forzada. Más probable es la explicación que da Skutsch. Según él **an** proviene de **anne** y ésta a su vez de **atne**. O sea, **atne** por asimilación dió **anne** y de **anne** salió una forma sincopada **an**. Ahora si se piensa en que **an** se usa en latín en el segundo miembro de las interrogativas dobles, y si se tiene en cuenta especialmente que se empleaba en réplicas, se convendrá que tal hipótesis tiene más fundamento por cuanto la primitiva **atne** tiene ese sentido adversativo.

Puede decirse, por otra parte, que no existe un buen tratado de composición de palabras. En verdad la formación de las palabras compuestas toca tanto los dominios de la Morfología como los de la Sintaxis, y cuando este criterio sea más compartido de seguro se salvará esta laguna de la lingüística clásica.

Durante mucho tiempo y mediante considerables esfuerzos se ha tratado de encontrar una significación fundamental para cada caso y para cada modo. Pero desde que Delbrück se ocupó

---

(35) El mismo Plauto usa también el acusativo: *fluctus deuitauerint* (*Rud.*, 168).

(36) Büchler, en *Rhein. Museum*, XLII, p. 476, ha reconocido *uitor* 'tejedor'.

del asunto la posición al respecto ha variado mucho y ya no se sostiene tan abiertamente.

En primer lugar no se puede sostener una significación fundamental para el genitivo, por ejemplo, desde el momento que este caso tiene como desinencias del singular **-es, -os e -i (familias, senatuos, lupi)**, pero en plural en cambio es **-om**. Para que el genitivo tuviera una significación principal, primigenia, tendría que haber existido un único sufijo de genitivo que valiera tanto para el singular como para el plural. Esto se justifica más si se admite que los sufijos no debieron ser formaciones autónomas y por lo tanto no debieron poseer desde un comienzo la función especial de genitivo o del caso que corresponda. Esas formaciones que en un principio serían autónomas llegarían a funcionar como señal de los casos cuando se unieron a otras palabras. (37)

Además, tal suposición se hace más probable si se recuerda que para el genitivo, por ejemplo, existió en latín arcaico la preposición **de**, al lado de la otra construcción desinencial. Catón dice: **addito de perna frustum (Agr., 158)** 'agrega un trozo de jamón'. Esta preposición así empleada del latín arcaico será justamente tomada por las lenguas romances para construir el genitivo.

Cosa parecida sucede con los modos. Se sabe que el indoeuropeo poseyó tres modos: un subjuntivo, un imperativo y un optativo; el griego conservó esos modos, y por cierto cada modo presenta en él un sentido bien distinto de los otros. Por este uso de los modos griegos y en sánscrito se ha podido establecer que en indoeuropeo el subjuntivo expresa la **v o l u n t a d**, y el optativo el **d e s e o**.

De esos tres modos el latín ha perdido casi completamente el optativo, pero ha absorbido en su subjuntivo el uso que tenía el optativo. Por tanto, el latín con el subjuntivo e imperativo solamente se desenvuelve para cumplir las funciones de los tres modos del indoeuropeo.

---

(37) Teoría desarrollada por LUDWIG y analizada por DELBRÜCK, en *Einleitung in d. Sprachstudium*, p. 129.

Pero no podemos decir categóricamente que el imperativo tiene el significado de mando, orden, y el subjuntivo el de voluntad y de deseo, porque a veces encontramos ejemplos en que el subjuntivo expresa mando, orden y viceversa. Pues, ¿qué diferencia se puede hallar cuando al despedirse dos hombres, uno dice **ualeas** y el otro como respuesta **uale?** (38). ¿Posee la primera forma en subjuntivo un sentido que la segunda en imperativo no posee? Los gramáticos, llevados siempre por su afán de encontrar sutilezas, han querido ver en la forma de subjuntivo una especie atenuada de mandato, pero la verdad es que no existe ninguna diferencia. Lo mismo ocurre cuando se dice **ne me moneas** y en otro pasaje **ne me mone** (39). Vemos, entonces, que se han empleado tanto el imperativo como el subjuntivo para expresar un mandato.

Pero no sólo el imperativo y el subjuntivo sirven para tal objeto; también el futuro de indicativo y en este caso, como en el anterior, no debe hablarse de una mayor o menor intensidad del futuro, comparado con el imperativo o subjuntivo. Tomemos otro ejemplo de Plauto: **tu miles apud me cenabis; hodie fient nuptiae** (40). Podría muy bien, en lugar de **cenabis**, estar **cena**, **cenato**, o **cenés**. Cicerón usa también el futuro con este sentido, especialmente en el estilo epistolar.

Por otro lado el problema se complica más a causa de que muchas veces las formas del futuro se confunden con las del presente de subjuntivo.

En indoeuropeo había un futuro sigmático que en latín se perdió pero que fué sustituido por subjuntivos en **a** o **e**. Luego se creó además un futuro con **b**, formación que sólo llegó a imponerse en los verbos de la primera y de la segunda conjugación. En la tercera y cuarta se procedió así: las formas en **a** se asignaron al subjuntivo y las en **e** al futuro. De esa distribución el fu-

---

(38) PLAUTO, *Truc.*, 432 - 3: PH. *ut quando otium / tibi sit ad me reuisas, tu ualeas. DI. uale.*

(39) PLAUTO, *Asin.*, 826 y *Pseud.*, 915.

(40) *Curc.*, 728.

turo guarda en la primera persona una forma en **a**. De allí entonces, la relación entre el presente de subjuntivo y el futuro; de allí también que muchas veces no se sabe si estamos frente a un futuro o a un presente de subjuntivo. Y aun cuando el futuro y el subjuntivo presentan formas claramente discernibles, la sintaxis se encarga de mostrar ese estrecho parentesco. En efecto, en muchos casos encontramos un subjuntivo en una subordinada que depende precisamente de una principal en futuro. Y se da la ocasión en que hasta hay un futuro en una subordinada que exigiría subjuntivo.

Todo esto nos lleva a dos conclusiones principales: 1º que el lenguaje es exuberante en la creación de formas para la expresión de determinados conceptos, a las cuales él mismo simplifica poco a poco; 2º que la voluntad, el deseo, la posibilidad y el futuro están muy próximos en la mente de las gentes sencillas, mejor dicho se confunden, por lo cual pueden expresarse por medio de una misma forma. En cambio, la distinción entre mandato y voluntad es mucho más clara y ha exigido por tanto formas diferentes: un imperativo y un subjuntivo; más tarde aparecerían junto a la voluntad distinciones más sutiles como la del deseo, posibilidad, etc., pero siempre como proceso secundario.

Finalmente queremos referirnos a la teoría localística de los casos, con el propósito de prevenirnos de un resultado a que podemos arribar llevados por nuestro afán de generalización. En efecto, el hecho de dar a todos los casos una significación, un sentido esencialmente de **l u g a r**, proviene del espíritu que dominó la época del método lógico y la uniformidad. Esta es una ocasión en que los fenómenos lingüísticos no se dejan reducir a una fórmula sencilla, a un patrón único.

Es innegable que el locativo y el ablativo tienen un sentido local, que se refleja en que responden a las preguntas "¿Dónde?" y "¿De dónde?". Lo mismo sucede con el acusativo, que primitivamente significaba "¿Dirección hacia dónde?". De esa significación tenemos la prueba de los acusativos de nombres de ciudades: **Romam, Aegyptum ire**; lo demuestran también la construcción de **rus, domum**; las de **malam crucem o malam rem ire, exe-**

**quias, infitias ire.** El acusativo con **aduorsus** presupone que en el origen sería un acusativo de dirección; lo mismo la construcción con supinos, como **aquatum ire**, etc.

De esta función locativa del acusativo deriva la del acusativo como caso del objeto directo en expresiones como **loris caedere aliquem** 'golpear a alguien con correas' que primitivamente significaría 'ir detrás de alguno dando golpes', con un sentido de dirección más o menos patente. Con todo, es muy difícil que el sentido de dirección aparezca en objetos directos de verbos como **agrum colere, equum alere**, etc. Pero esta interpretación es inadmisibles en acusativos que funcionan como objeto interno, en ejemplos como **cenam cenare**. En síntesis, al remontarnos a los orígenes encontramos al acusativo en una doble función.

En cuanto al dativo, el problema es más difícil. Se ha tratado de atribuir al dativo una significación fundamental de dirección o fin, pero los ejemplos estrictamente latinos no comprueban esta suposición. Si bien hay ejemplos de dativo de fin o dirección en Virgilio, otros del mismo Virgilio son dativos ordinarios. Pocos ejemplos de dativo de fin o dirección se encuentran antes de Virgilio; y el dativo de fin que él usa nace a imitación del dativo griego y también por analogía con el dativo de **mittere**, especialmente. La investigación histórica no permite hasta ahora, pues, hablar de un antiguo dativo de fin o dirección.

Completamente imposible es pretender que el genitivo tenga una significación fundamental de lugar. Si bien es cierto que el genitivo en griego tiene una significación local, ello se debe a que el genitivo asumió las funciones del ablativo; el sentido local del genitivo griego es, por tanto, resultado de un proceso secundario. Por otra parte, el intento de reducir el genitivo latino al locativo es inadmisibles porque para que el locativo comprenda al genitivo es necesario violentar la esfera de usos del locativo. (41).

---

(41) Tal hizo BELL, en su *De locativi in prisca latinitate vi*, Breslau, 1889.

Luego, si el genitivo y el dativo no son susceptibles de ser reducidos a una significación fundamental de lugar, y el acusativo sólo lo permite en parte, la teoría localística debe ser rechazada.

*Aurelio R. Bujaldón*

(Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras)